

Una historia muy particular

Andrés Felipe Restrepo
Juan Felipe Restrepo
Koleia Arvila

Desde su fundación, el 8 de mayo de 1935, la Revista Universidad de Antioquia ha sido una de las bases culturales de la Universidad, hasta convertirse en lo que es hoy: la prolongación del Alma Máter en el tiempo. La presencia en sus páginas de grandes personajes de la ciencia, la literatura y las artes contribuyeron para que trascendiera las puertas de la institución y se convirtiera en uno de los medios de difusión y reflexión más importantes del país.

Su origen estuvo ligado a las reformas educativas liberales impulsadas por el ministro de

educación Luis López de Mesa,¹ las reformas universitarias promovidas por Germán Arciniegas, en 1932, y la gran reforma constitucional de 1936, que permitieron el surgimiento de nuevas expresiones del pensamiento y de la cultura. Pero fue, sin duda alguna, la expedición de la Ley 68 de 1935, con modificaciones en la educación superior como la libertad de cátedra y la autonomía administrativa, la precursora del desarrollo en la Universidad de un programa de extensión cultural fundamentado en la biblioteca, la emisora y la revista.

Al amparo de la reforma (Ley 68 de 1935), surgieron cambios pedagógicos, nuevos estudios profesionales que buscaron responder tanto a las modificaciones en la base económica del país como al nuevo espíritu ideológico que empezaba a prosperar. Con las nuevas carreras, se introdujeron cátedras novedosas en ciencias y en humanidades que, al mismo tiempo que renovaron paulatinamente el bagaje cultural de los educandos, crearon necesidades de información y documentación.²

En sus inicios la publicación fue promovida, junto con la emisora, como una de las líneas de extensión cultural de la biblioteca. De este modo, se convirtió en un nuevo espacio para difundir las disertaciones académicas fuera de las aulas universitarias, de las relaciones personales y de los circuitos cerrados. Esta nueva publicación reemplazaba a los *Anales de la Universidad de Antioquia*, los cuales sirvieron como medio de comunicación de la rectoría con los alumnos, y la comunidad en general, durante la década de 1880. En los *Anales* se divulgaban también las tesis de grado, que por su importancia académica constituyeron el mayor aporte cultural y científico de la publicación.³

En aquella época, la Universidad contaba con 545 estudiantes, de los cuales 185 estudiaban derecho; 178, medicina; y 182, filosofía y letras. En tanto que la población de Medellín crecía a ritmo acelerado y el tráfico comercial y financiero estaba impulsado por el proceso de industrialización.⁴ Debido a estas condiciones de desarrollo era necesaria la aparición de un medio que permitiera la expresión cultural de la academia y su vinculación a una sociedad que empezaba a transformarse.

La Revista, mediante su sección “Vida universitaria”, cumplió con la labor heredada de los *Anales*, y se convirtió en una alternativa diferente a la publicación informativa *Letras Universitarias*.⁵ Sin

embargo, la Revista adquirió una vocación mucho más intelectual y académica, que se evidenció en el tratamiento analítico de las problemáticas que afrontaba la Universidad, más allá del simple registro de acontecimientos extraordinarios.

Esta intención reflexiva, así como su carácter educativo, fueron algunas de las misiones que articularon el obrar de la publicación durante sus primeros años de existencia. El papel que debería desempeñar en los ámbitos social y universitario quedó consignado en el prólogo del primer número, escrito por el entonces rector Clodomiro Ramírez (1934-1938):

Después de un largo tiempo de receso, empezamos de nuevo la publicación de los *Anales de la Universidad de Antioquia*. De hoy en adelante será una revista mensual destinada a promover el espíritu de investigación científica entre los profesores y los alumnos de las aulas universitarias.

Nos proponemos también con la publicación regular de los *Anales* fomentar el intercambio con publicaciones educativas y culturales de los diversos centros universitarios de los principales países del mundo, especialmente de los indo-americanos.

Aspiramos a que esta publicación mensual sea de los estudiantes y para los estudiantes. De preferencia publicaremos en ella trabajos científicos de los profesores y de los alumnos de las facultades mayores de la Universidad de Antioquia. A todos ellos los invitamos cordialmente a que nos envíen sus trabajos para publicarlos.

Las conferencias culturales, el radio, y el libro, son las tres palancas que vamos a mover para tratar de levantar cada día más el nivel cultural de nuestra juventud. Ella ha abierto los ojos atónitos en un momento de la historia en que se derrumban estrepitosamente muchos sistemas que los hombres de las generaciones anteriores teníamos como dogmas científicos perfectamente demostrados. Y esa juventud ante tantos fracasos que amenazan la estabilidad misma

de la sociedad humana, se pregunta angustiada si hemos sido incapaces de columbrar en los horizontes oscuros que nos cercan, los nuevos caminos que estamos obligados a señalarle para hacer a los hombres un poco mejores.

No nos alarman estas inquietudes juveniles. En lo fundamental la juventud de nuestros días es tan idealista, tan valerosa y tan leal como la juventud de todos los tiempos. Ella sólo quiere que se abra el campo para investigar las causas de muchos fracasos, reevaluar muchas ideas que resultaron incompletas o falsas y que se le proporcionen los medios para una investigación científica que libere a los hombres de nuevos peligros, en su marcha ascendente hacia el mejor estar.

De una cosa sí estamos seguros: por fundamentales que sean los cambios que ya se vislumbran en la estructura política, económica y social del mundo, ellos abrirán nuevos campos de combate en la lucha contra la injusticia, la ignorancia, las enfermedades, la explotación humana, el despilfarro y la guerra. Preparar a la juventud para esos combates es apenas un deber elemental de los que de cualquier modo influimos en su educación.

Quedan abiertas estas páginas para todo espíritu reflexivo que se dé cuenta del momento de renovación universal en que vivimos.⁶

Estos propósitos fueron el derrotero del fundador y primer director general de la Revista, Alfonso Mora Naranjo (Angostura, 1898 - Medellín, 1964), quien ha sido el hombre con mayor tiempo a cargo de la dirección. Durante los diecinueve años que se dedicó a esa labor, Mora Naranjo creó las directrices esenciales que permitieron a algunos de sus sucesores mantener la identidad de la publicación. Un claro ejemplo de ésto es la perduración del formato general establecido por él, con importantes modificaciones de acuerdo con los desarrollos editoriales de cada época.

La estructura de la Revista en las primeras ediciones estaba compuesta por una primera sección

de ensayos sobre filosofía, derecho, literatura, ciencias sociales, ciencias naturales, y en algunas ocasiones la publicación de análisis de problemáticas del país; la segunda sección se componía de relatos, poemas y crítica literaria; la tercera estaba dedicada a noticias y crónicas de la vida universitaria, reseñas de libros, revistas recibidas por la Biblioteca y algunas novedades. De esta forma, la Revista garantizó pluralidad en su contenido y la participación de diferentes actores del Alma Máter. Santiago Londoño Vélez comenta al respecto:

Desde el principio, la revista adoptó una línea editorial abierta y pluralista, al punto que en el primer número convivieron seis sonetos a una Ceiba con un análisis del marxismo y el derecho natural, y tenía desde una sección de reseñas bibliográficas con un registro de las actividades universitarias más destacadas.⁷

Alfonso Mora Naranjo [1898-1964], fundador y director

Detrás de esta publicación estaba Alfonso Mora Naranjo, tan comprometido en su quehacer con la Revista y con la Biblioteca, que en ningún momento dio su brazo a torcer ante las vicisitudes económicas, sociales y políticas de la Universidad y del país.

Cuentan que el fatídico 9 de abril de 1948, la turba enfurecida se congregó frente a la Biblioteca dispuesta a prenderle fuego. Sin embargo, bastaron sus palabras para contener a la multitud. Parado en la puerta, Mora Naranjo hizo comprender a la gente que los libros allí guardados hacían parte de su patrimonio cultural y formaban parte del legado que habrían de recibir sus hijos.

Gracias a esta intervención se salvaron numerosos textos y documentos de gran importancia para la historia del país, entre ellos los primeros números de la Revista publicados en la década del treinta.

Su característico don de gentes y su convicción prevalecieron sobre la exacerbación colectiva y se convirtieron en un referente de su personalidad. Su hijo Diego Mora Echeverri recuerda:

Mi papá era un excelente conversador, esto se debía tal vez a que vivía estudiando a toda hora. Tenía una biblioteca hermosísima. Mantenía buenas relaciones con grandes personajes de la época. Los industriales se iban para mi casa a la biblioteca de mi papá, que era ahí en Colombia con El Palo, al frente del Club Medellín. Allá iban Luis Echavarría Villegas e Iván Correa Arango a aprender redacción para hacer los informes de las asambleas. Mi papá era el que se los revisaba.⁸

J. E. Duque, en un reportaje publicado en 1948 en *Letras Universitarias*, describió el lugar de trabajo de Mora Naranjo y algunos de sus hábitos:

El entrevistador se sienta enfrente del profesor, y allí pueden verse originales de la revista de años anteriores, paquetes de cigarrillos, relojes de pulso, lápices, libros, y dulces. Don Alfonso, como todos le dicen, trabaja más de doce horas diarias. No da muchas órdenes. Todo el tiempo escribe, lee, habla por teléfono, sale a dar clase. Siempre anda con un libro debajo del brazo, no lo descarga ni para tomar tinto. Él es así: lo han visto hablando por teléfono, tomando tinto, fumando y con un montón de libros y revistas abiertos encima de su escritorio.⁹

Mora Naranjo era un conversador ameno, con buen humor y de una cultura muy vasta. Mientras estuvo en la dirección de la Biblioteca no la cerró ni por huelgas ni por protestas; es más, muchos de los estudiantes beligerantes iban después de las marchas a este recinto. Como resultado de su esfuerzo y dedicación, hasta 1948 había logrado la circulación en el exterior de más de 1.300 ejemplares de la Revista. Además, mediante el mecanismo

de canje llegaban, a su vez, revistas de todo el mundo. Antes de la Segunda Guerra Mundial la Universidad tenía suscripción y canje con revistas y centros culturales de la India y del Japón. De igual forma, contaba con suscripciones en Venezuela, Argentina y Costa Rica.

En 1936, la eficiencia del doctor Mora Naranjo, el respaldo institucional a su gestión y el aporte de publicaciones periódicas suministrado por el sistema de canje de la Revista, elevaron el número de libros y folletos a 5.926. La cantidad de revistas externas disponibles pasó de 82 en 1934 a 2.142 en 1936.

Gracias a este dinamismo en la circulación y adquisición de publicaciones, para 1950 la Biblioteca tenía catalogadas más de cuatro mil revistas nacionales y extranjeras. Sobre este tema Mora Naranjo afirmó en una conferencia:

La Revista Universidad de Antioquia ha sido la mejor propagandista para el conocimiento de nuestra Universidad en el exterior; porque cuenta y cava hondo en nuestra realidad. Por eso nos envían sus publicaciones, estamos inscritos además en catálogos internacionales, y hemos sido elogiados por nuestra revista en ferias del libro dentro y fuera del país. Esta sola labor de extensión universitaria, real y efectiva, muestra la importancia trascendental de la iniciativa.¹⁰

Además de su labor al frente de la Revista, este importante personaje dirigió y fundó otras publicaciones, entre las que se destacaron *El intelectual*, semanario de Medellín (1918), y la *Gaceta de occidente*, revista de Manizales (1928). Fue vicerrector de la Universidad de Antioquia (1930), rector del Instituto Universitario de Manizales, fundador del Instituto de Salamina, director de educación pública en Caldas y rector de la Normal de Antioquia. Por otra parte, se desempeñó como periodista, diplomático y académico. Fue embajador en Lima,

y célebre profesor de la Cátedra Andrés Bello. Recibió el *Honoris Causa* en Literatura de la Universidad de Antioquia, la Medalla Camilo Torres y la Cruz de Boyacá como máximos reconocimientos a su labor en beneficio de la cultura.

Entre sus escritos se cuenta un libro inédito titulado *Comentarios gramaticales*. Publicó algunos relatos en suplementos de la ciudad, que hacían parte del libro *Los cuentos del natural*. Uno de sus ensayos es “El idioma”, donde hace una defensa de la lengua española como cuna de las ideas y de la cultura hispanoamericana; hombres como Silva, Martí, Bello, Suárez, Cano y Cuervo son homenajeados y recordados como maestros y trabajadores incansables del lenguaje, el pensamiento y el arte. Sin embargo, la mayor atención en el ámbito de la literatura y de las letras la dedicó a su profesor de primaria y amigo Porfirio Barba Jacob, de quien también recibió elogios por su interés y búsqueda intelectual:

Cuando Roberto Vélez me dijo, no hace mucho, que Ud. es un hombre juicioso y de talento, no me dijo nada nuevo. Yo había adivinado en Ud., diez años antes, cuando Ud. era un chiquillo de boca simple y ojos plácidos, las prerrogativas que ahora le valen la estimación de los hombres de buena voluntad. Por cierto que de esto deduzco yo una lección amarga: y es que todos los esfuerzos del educador valen bien poco, pues cada hombre nace asistido por ángeles o por demonios. Ud. tuvo la dicha de ser de los primeros. Alguien que lo acompañó a Ud. en los bancos de la escuela, y a quien yo amaba doblemente por estar vinculado a él por la sangre, es de los segundos, según me lo dan a entender en una triste misiva que está aquí.

Yo celebro con todo mi corazón sus inclinaciones hacia las bellas letras, y, aunque a su edad es difícil haber producido una obra maestra, no dudo de sus especiales aptitudes para lograrla. Desearía estar cerca de Ud. para ayudarlo, pues como yo no tuve quién me ayudara conozco la falta que esto hace. Ahora bien, no sé si unos cuantos consejos epistolares puedan resultar perti-

nente. Si así no fuere, perdóneme Ud. en gracia de la buena voluntad.

Me alegra mucho su actitud. Cuando me dice que Ud. es un rebelde, me sonrío con lágrimas. Mi Alfonso, mi querido hijo Alfonso, es ya un hombre, y un hombre joven que es la cosa más bella que hay en el mundo. Mi Alfonso quiere luchar, abrirse camino. Mi Alfonso habla del “tedio horrible del pueblo”, de las “almas municipales” y de mil cosas, exactamente como yo hablaba. Dios mío, Dios mío, esto es la vida: la perenne renovación.¹¹

José Ignacio González, director de la década del cincuenta

Con la llegada de los años cincuenta la Revista experimentó transformaciones. En 1952 aparecieron los primeros *Cuadernillos de Poesía*. Se introdujeron, de otro lado, algunos cambios en su estructura que privilegiaron temas colombianos, filosofía, literatura y folclore. Pero fue en 1953, en el número 113, cuando se precisaron tales reformas, creando las secciones: “Conferencias universitarias”, “Ensayos literarios”, “Biblioteconomía”, “Ciencias naturales”, “Sociología”, “Esbozos biográficos”, “Notas” y “Libros”.

Pese a la importancia que adquirió la Revista durante sus años de dirección, en 1954, con el ascenso de Alfonso Uribe Misas a la rectoría, Mora Naranjo fue reemplazado por José Ignacio González. Estos cambios tuvieron origen en el golpe militar de Rojas Pinilla, que desestabilizó diferentes esferas del Estado.

González era abogado y periodista. Durante su período como director (1954-1962) conservó el formato tradicional de la Revista, aunque se dio preferencia a la literatura y a las artes, antes que a la actividad científica. Participaron como redactores Gonzalo Arango, Abel García, Enrique Posada, Iván Correa Arango y Gonzalo Cadavid Uribe, quienes luego serían destacados personajes en el ámbito cultural.

Por aquella época la publicación adquirió celebridad nacional y se consolidó como un medio de diálogo entre intelectuales, literatos y académicos destacados del país. Este posicionamiento la convirtió en medio de divulgación de ensayos sobre la filosofía de Spencer por Juan Saldarriaga; preguntas por la cultura de Francisco Romero; ensayos de Juan David García Bacca sobre literatura y filosofía existencialista; análisis sobre el marxismo, de Eduardo Nieto Arteta; discusiones como la de Joaquín Vallejo Arbeláez y Cayetano Betancur sobre metafísica; así como reflexiones de Finlayson y Julio Enrique Blanco.

Por otro lado, se le otorgó espacio a nuevos temas relacionados con pedagogía, música, antropología, medicina, geografía y astronomía. Surgió un marcado interés por dar a conocer los estudios que se realizaban sobre la historia de la Universidad.

En 1960 se celebraron las bodas de plata de la Revista con el número 140, una edición extraordinaria de cerca de cuatrocientas páginas, en la que se publicaron, entre otros, ensayos sobre Spengler, Camus, Da Vinci, arte hispanoamericano, psicoanálisis y democracia.

Jorge Montoya Toro: la década del sesenta

Desde 1963 hasta 1972, asumió la dirección de la Biblioteca y de la Revista el escritor Jorge Montoya Toro, quien tuvo como jefes de redacción a Fabio Echavarría y Jaime Mercado Jr, y como redactores a Humberto Echeverri, Gonzalo Cadavid y Juan José García Posada.

La segunda mitad de la década del sesenta representó un período de cambios. En 1965 se modificaron las secciones habituales con el fin de hacer más flexibles las temáticas. Se retomó la edición de los *Cuadernillos de poesía*, seleccionados y comentados por su director. Entre otros, se publicaron selecciones de poemas de Robert Frost,

sor Juana Inés de la Cruz y san Juan de la Cruz; así como selecciones de poesía indígena y poesía latinoamericana contemporánea. Además, traducciones de Sófocles, Eurípides, Tagore, Tennyson, Valery, Heidegger y Maurois. Por primera vez se dio a conocer *Los salmos* de Ernesto Cardenal.

En 1969 la Revista se separó definitivamente de la Biblioteca y pasó a depender del recién creado Departamento de Publicaciones.

Crisis en los setentas

Un año antes de esta separación, las universidades públicas fueron escenario de una importante movilización estudiantil que luchaba por el Programa Mínimo de Estudiantes Colombianos, cuyo principal objetivo era la instauración de un gobierno universitario representado por estudiantes, profesores y egresados, lo cual implicaba la liquidación de los consejos superiores y la derogación del Plan Básico de la Educación Superior.

A partir de 1971, dicho movimiento cobró gran fuerza en la Universidad de Antioquia, viviéndose intensos debates y acaloradas discusiones que mantuvieron suspendidas, por largos períodos, las actividades académicas. Además de esto la crisis política, financiera y administrativa había afectado también a la Revista. Debido a esto, en 1972 ocurrió una primera interrupción durante siete meses. Su reaparición en octubre del mismo año conmemoró el sesquicentenario de la Universidad.

Aunque su publicación representó un intento por revivirla, esta edición disminuyó notablemente en calidad. En términos generales, estaba conformada por crónicas sobre cada una de las dependencias de la Universidad, sin ninguna estructura ni fines concretos. Después de este número, desaparecieron las subdivisiones, las notas culturales, las reseñas, las noticias y las crónicas de la vida universitaria.

Durante este período persistieron las protestas, hasta encontrar su punto más álgido en los hechos del 8 de junio de 1973 cuando:

[...] después de una asamblea conmemorativa del día clásico del estudiantado, resultó asesinado, en las puertas de la Universidad y por un agente del DAS, el estudiante de economía Fernando Barrientos. Los estudiantes, en medio de la indignación y el dolor por este hecho, recorrieron las instalaciones de la Universidad con el cadáver de su compañero hasta llegar a las oficinas de la rectoría, donde depositaron sobre la mesa de los consejos los despojos del estudiante muerto y lo cubrieron con la bandera de la institución.¹²

Frente a estos acontecimientos la Revista no permaneció distante, sino que, por el contrario, actuó como testigo. En el número 183 (abril-junio de 1973) registró los hechos y, más allá de esto, instó a la reflexión en palabras de varios dirigentes e intelectuales del país. En la presentación a esta edición, el nuevo director, Ramón Córdoba Palacio manifestó:

Los acontecimientos del 8 de junio del año en curso, que afectaron directamente a nuestra Universidad y que dejaron como saldo trágico la muerte absurda de uno de sus alumnos, y la destrucción irracional de archivos básicos y de parte de sus edificaciones, nos obligaron a cambiar los planes que teníamos para la segunda entrega de la revista. Consideramos que el órgano oficial publicitario de la Universidad debe consignar en sus páginas tan abominables hechos, sin pretender por ello constituirnos en jueces e inclinándonos desde ahora ante el veredicto que la historia imparcial emita sobre ellos.

Además de este suceso, la incomunicación entre los distintos elementos de la Universidad se reflejó en la Revista, y hubo una disminución en

las colaboraciones de intelectuales que la afectó en forma profunda.

En 1975, en un intento de devolverle su anterior calidad, el rector Luis Eduardo Mesa Velásquez nombró como director de la Revista al escritor Carlos Castro Saavedra. Pero, a pesar del interés de este por cambiar el diseño y reanudar las separatas de poesía, la Revista desapareció en 1977.

Para entonces poco quedaba del brillo anterior de la publicación. Los criterios de selección de artículos y la concepción de la identidad de la Revista eran, como mínimo, discutibles. En la presentación del último número (200-201) de la década del setenta, el jefe de redacción, Jaime Mercado Jr., declaró:

En el plano de los géneros impresos, la revista no es sino la extensión del periódico. Su papel básico no es el de agotar ningún tema. Por eso, hoy sus artículos suelen ser breves, divulgatorios. Es al libro al que compete llenar los vacíos, que por obvias razones dejan el periódico y la revista.

El último cuadernillo de poesía es quizás el mayor símbolo de la decadencia en calidad de la Revista, pues este quedó en manos de un funcionario administrativo que no tuvo reparos en presentar al caldense Fernando Mejía Mejía como “El poeta vivo más grande de América”.

Todo lo anterior llevó finalmente al cierre de la Revista. Desaparecieron, con ella, páginas abiertas a los problemas de actualidad, a las discusiones producidas en las cátedras y a la reflexión sobre los debates políticos y sociales de América y Europa.

La Revista como pionera de la cultura

Antes de su desaparición, la Revista contó con destacados colaboradores, entre ellos: Luis López de Mesa, Joaquín Vallejo Arbeláez, Julio César García, Abel Naranjo Villegas, José María Bravo

Márquez, Alfonso Castro, Antonio García, Félix Henao Botero, Luis Ospina Vásquez, Luis Eduardo Nieto Arteta, Rogelio Velásquez, Graceliano Arcila, Uriel Ospina, Gonzalo Arango, Benigno Mantilla, Enrique Posada, José Guerra, José Ignacio González, José Restrepo Jaramillo, Emilio Robledo, René Uribe Ferrer, Juan Bautista Jaramillo, Roberto Jaramillo, Alonso Restrepo y Julio César Arroyave. También colaboraron en la revista James Parsons —quien publicó la primera parte de su libro sobre la colonización antioqueña— y Ernesto Cardenal, con ensayos sobre poesía.

Muchas de las traducciones en lengua española de autores de vanguardia en Europa, se conocieron por primera vez en el país mediante la *Revista Universidad de Antioquia*. Los primeros ensayos acerca del existencialismo, así como sobre sus pensadores e influencias —Kierkegaard, Sartre, Heidegger, Nietzsche—, fueron los que se publicaron en la Revista; uno de los ensayistas fue Benigno Mantilla Pineda, asiduo colaborador en el ámbito de la ciencia, la filosofía y las letras universales. Igualmente, en sus páginas aparecieron traducciones de “Acto sin palabras”, de Beckett, y “El cuervo”, de Edgar Allan Poe.

Por otra parte, muchos de los textos difundidos por la Revista suscitaron el interés de grandes personajes. Álvaro Mutis cuenta que comenzó a escribir poesía luego de leer la primera traducción que se conoció en español de “El pez soluble” de Breton;¹³ una traducción especial que reunía también poemas de Peret, Eluard, Char, Michaux, Rosey y Desnos, en una antología llamada “Notas sobre la aventura del surrealismo” de Jorge Carreara Andrade (número 61-62, de 1944).

Ese descubrimiento fue definitivo para mi futuro literario —comenta Mutis— para todo mi trabajo poético. En la *Revista Universidad de Antioquia*, una

revista muy local, aparecieron algunas traducciones de textos surrealistas. Recuerdo muy bien de quiénes, te puedo decir exactamente qué cosas: una parte de: “Poisson soluble” de Breton, poesía surrealista belga, un poema de René Char, y la “Unión libre” del mismo Breton [...]. Era una revista de tapas verdes que estoy viendo y que perdí. Para mí esos textos fueron un absoluto descubrimiento y me indicaron la vía por la cual había que escribir poesía.¹⁴

La Revista tuvo importantes aciertos al reconocer, antes que la crítica nacional mayoritaria, el talento de dos figuras que luego serían renombrados dentro y fuera del país. En el número 122 de 1955, se publicó una de las primeras reseñas de *La hojarasca* de Gabriel García Márquez.

El caso de *La hojarasca* [...] es único en nuestra novelística que no puede exhibir, antes de esta obra, otra que se le parezca o aproxime en algún aspecto. García Márquez ha abierto nuevos horizontes a la novela escrita en Colombia [...]. El estilo del autor, su don creador inimitable, sus recursos técnicos, la magia poderosa para dar atmósfera irreal a lo que escribe, todo ello conocido ya por quienes nos hemos deleitado con sus cuentos insuperables, adquiere mayor brillantez, en forma ya definitivamente consagratoria, en su primera novela, *La hojarasca*, a la que seguramente seguirán otras creaciones suyas del mismo género, porque estamos convencidos de que no será García Márquez el autor de una sola obra. [...] Saludemos pues en *La hojarasca* al nuevo novelista que con tan prósperos augurios se anuncia, puesto que su obra está llamada a iniciar una profunda transformación, mejor diríamos, revolución, de la novelística colombiana.

Así mismo, en ese mismo número se publicó uno de los primeros comentarios sobre la obra de Fernando Botero escrito por Estanislao Zuleta, quien contaba entonces con veinte años, titulado

“Consideraciones sobre la pintura y sobre la obra de Fernando Botero”. Del joven pintor de veintitrés años, Zuleta afirmó:

Los cuadros de Botero parecen imágenes que hubieran encarnado de pronto. Una preocupación estética muy semejante al amor ha descartado de ellos todo lo que pudiera reforzar la impresión de existencia real. Los colores, repartidos en grandes planos, producen una especie de decoración afectiva; el dibujo se impone ampliamente como en los frescos, destacando el objeto de su existencia ideal, suprimiendo todas las complicaciones de la reflexión.

[...] La pintura de Botero es acto que lo compromete en todos los frentes. Porque apela en nosotros a una sensibilidad inmediata, a una humanidad primera que está más allá de todas las dolorosas y arbitrarias clasificaciones sociales, quiere entablar su diálogo con un hombre más recto y más libre.

Botero es un hombre en marcha. Estos cuadros, que representan para nosotros un resultado, una realidad independientemente comprensible y justificable, son para él un momento en el proyecto general de su vida, signos premonitorios de una pintura siempre incompleta, siempre en busca de sí misma. Esperemos que avance por este camino, que su arte sea la expresión cada vez más profunda y más pura de su existencia.

Juan José Hoyos y el proyecto de renovación

En agosto de 1985, un equipo conformado por Juan José Hoyos, Luis Fernando Calderón y Jorge Pérez presentó a la Rectoría y al Comité de Publicaciones el proyecto que tenía como objetivo revivir la *Revista Universidad de Antioquia*. En éste se expuso una precisa historia de la misma y se subrayó la necesidad de continuar con una empresa cultural tan esencial para la Universidad y la sociedad. Además de argumentar estos propósitos, se planteaban los parámetros, la estructura, la organización, la divulgación y la promoción que permitirían continuar su publicación.

El proyecto hizo énfasis en garantizar su perdurabilidad y autonomía mediante una política definida que la mantuviera alejada de las limitaciones económicas y de las crisis. Sería una revista ágil y moderna al servicio de la cultura y la sociedad que, como en sus inicios, fomentara y divulgara la investigación y la creación cultural, la ciencia y el arte, además de ser punto de unión y de referencia del estado actual del pensamiento, la crítica y la imaginación, las controversias y opiniones.

Al igual que durante la dirección de Alfonso Mora Naranjo, la reanudación de la Revista permitiría nuevamente el intercambio con publicaciones educativas y culturales de los principales centros universitarios del país y del mundo. Habría ensayos y artículos, problemas colombianos, creación literaria, libros, notas y crónicas, así como números dedicados a un solo tema o autor. Se proponía, así, una nueva revista a la cual se incorporarían las técnicas modernas del diseño y la impresión.

Juan José Hoyos y su equipo consideraban que:

[...] la convicción y los principios de una revista, de la nueva revista de la Universidad de Antioquia, tienen que compartirlas personas con idoneidad y apasionados por el campo editorial y por la escritura como cultura y expresión, y que sepan imprimir un carácter y personalidad definida a la publicación. Como decía Borges, a propósito de la revista *Sur*: “La única manera de hacer una revista, es contar con un grupo de personas que compartan las mismas convicciones, pero también los mismos odios”.¹⁵

El proyecto fue avalado por las directivas de la Universidad, encabezadas por el rector Santiago Peláez, quien intervino en la presentación al número 202, primero de la nueva etapa:

Una revista universitaria tiene que insinuar otros valores y contribuir así al desarrollo de la cultura, tan urgente hoy en Colombia [...]. Se publica esta

entrega en el momento en que la Universidad inicia una nueva etapa. Nuestra ambición necesita ser correspondida. Con esta revista estamos contribuyendo también a los esfuerzos que se hacen en otros campos, para devolverle la imagen y el lugar que le corresponde a la Universidad dentro de la vida educativa del país.¹⁶

Además de ser importante por tratarse del número que reanudó la publicación, la revista 202 es recordada por ser la primera en la que apareció una fotografía a color en la carátula, tomada por Guillermo Melo: el cielo claro de un amanecer, con montañas oscuras al fondo y bosques frondosos.

A partir de esta edición, con partituras del maestro Rodolfo Pérez basadas en poemas de Meira del Mar y presentadas por el profesor Mario Yepes, se definió la sección-separata “Música”, en la que habrían de publicarse obras de destacados compositores nacionales y latinoamericanos como Andrés Posada, Adolfo Mejía Navarro, Jesús Pinzón, Daniel Salazar Velásquez, Roberto Pineda Duque, Juan Herrera, Jacqueline Nova, Bautista Legarra Maguregui, Jairo Restrepo, Mario Gómez Vignes, Rita Lina Siágama (cantos embera), entre otros.

En materia de textos, apareció el documento inédito de José Manuel Restrepo “La geografía antioqueña”; además de los ensayos “¿Para qué la filosofía?”, de Karen Gloy; “La historia del universo”, de Lorenzo de la Torre; y “La crisis del Estado en Colombia”, de Ricardo Sánchez. Del número 195 se retomó el célebre ensayo de Luis Ospina Vásquez “La estructura de la Universidad”, y se dedicó una sección a las artes plásticas, y una más a la Biblioteca Central en “Vida de la Universidad”. En los números siguientes se publicaron textos de Nabokov, Foucault, Popper, Clarece Lispector, María Zambrano, Tennessee Williams, Salvador Garmendía, Rafael Gutiérrez Girardot, Carlos Gaviria, Rogelio Echavarría, José Manuel Arango y Carlos José Reyes.

Resulta importante mencionar que el comité editorial se institucionalizó definitivamente como parte de la Revista. En principio estuvo conformado por Sergio Mejía, Carlos Gaviria, Elkin Restrepo, Martha Alicia Pérez, Luis Fernando Calderón, Jorge Iván Correa, Mario Yepes, María Teresa Uribe, Gonzalo Betancur, Guillermo Pineda y Alfredo de los Ríos. Posteriormente entrarían Jaime Alberto Vélez, Alonso Sepúlveda y Jairo Alarcón.

Durante los ocho años de dirección de Juan José Hoyos, las artes plásticas tuvieron un espacio privilegiado. En las portadas de la Revista se divulgaron trabajos de Edgar Negret, Francisco Ruiz, Fabián Rendón, Jorge Botero, Diego Mesa, Jorge Cárdenas, Humberto Chávez, Roberto Jaramillo, entre otros.

En la nueva sección de entrevistas y crónicas, “Caleidoscopio”, aparecieron entrevistas a Piazzola y al inventor del cha-cha-cha, Enrique Jarrin, así como un reportaje a Carlos Fuentes por Julio Ortega.

Juan José Hoyos fue director hasta junio de 1993, cuando entró a reemplazarlo Héctor Abad Faciolince. El nuevo director se preocupó por darle a la Revista más diversidad literaria, al publicar, además de ensayos, cartas entre escritores, autobiografías, guiones, confesiones, etc. También dedicó especial atención a las traducciones de Twain, Platón, Ovidio, Truffaut, Tarkovski, Magris, Camus y Humberto Eco. Luego vino la dirección de Luis Fernando Macías, quien básicamente continuó con la línea de Abad. Son memorables los números a propósito de los autores Rojas Herazo y Manuel Mejía Vallejo; así como un número especial sobre la literatura infantil y otro sobre Bertolt Brecht.

Desde enero de 1999 la Revista es dirigida por el escritor Elkin Restrepo, quien le ha dado un gran valor a la literatura en publicaciones especiales como las dedicadas a Sergio Pitol, Louis Ferdi-

nand Céline, Marosa di Giorgio y Julio Ortega. En la actualidad, el Comité Editorial está formado por los docentes universitarios Jairo Alarcón, Héctor Alzate, Carlos Arturo Fernández, María Teresa Lopera, Pablo Montoya, Juan Carlos Orrego, César Ospina, Martha Alicia Pérez y Luz María Restrepo. En la asistencia de dirección se encuentra Andrés García Londoño.

Este recorrido histórico por sus momentos de esplendor y decadencia, demuestra que la revista es la prolongación de la Universidad en el tiempo.

A diferencia de otras importantes publicaciones culturales ya desaparecidas como *Mito*, *Eco*, *Pan*, *Crítica*, y la *Revista de Indias*, la *Revista Universidad de Antioquia* se ha mantenido durante 70 años. Hoy los celebra reafirmando su compromiso con la reflexión, la investigación y la divulgación de la cultura, el arte y el pensamiento nacionales.

Notas

1 Durante la administración del presidente Alfonso López Pumarejo (1934-1938).

2 LONDOÑO Santiago. "La Revista Universidad Antioquia". En: *Boletín Cultural y Bibliográfico*. Bogotá: Banco de la República. Vol. XXVI. No. 18. 1989. p. 43.

3 *Ibíd.*

4 *Ibíd.* p. 44.

5 Publicación institucional publicada entre 1947 y 1962.

6 RAMÍREZ Clodomiro. "Nuestros propósitos". En: *Revista de la Universidad de Antioquia*. No. 1. Medellín, 8 de mayo de 1935.

7 URIBE DE HINCAPIÉ María Teresa (compiladora). *Historia y presencia*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia. 1999. p. 281.

8 Entrevista con Diego Mora Echeverri. Medellín, febrero de 2005.

9 DUQUE J. E. "Reportaje a Alfonso Mora". En: *Letras Universitarias*. No. 10, 1948.

10 MORA NARANJO Alfonso. "Cuestiones universitarias". En: *Revista Progreso*. No. 8. Segunda época. Medellín: Sociedad de Mejoras Públicas. 1950.

11 Cartas de Porfirio Barba Jacob. Bogotá: *Revista Literaria Gradiva*. 1992. pp. 52-59.

12 URIBE DE HINCAPIÉ María Teresa. *Op. Cit.* p. 580.

13 En dicha revista, *Poisson soluble* de Breton fue traducido como *El pescado salubre*, y no se dio crédito al traductor.

14 MUTIS Álvaro. *Prosa y poesía*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura. 1982. pp. 576-577 (Parte de entrevista).

15 Tomado del Informe de la Comisión Revista Universidad de Antioquia, 22 de agosto de 1985.

16 PELÁEZ Santiago (Rector). "La revista". En: *Revista Universidad de Antioquia*. No. 202, octubre-diciembre de 1985.

Texto publicado en la separata conmemorativa de los 70 años de la Revista Universidad de Antioquia en el 2005.